



...encontróse Alicia sobre la mesilla de la chimenea...

dormid hasta que vuelva la primavera». Y cuando se despiertan en verano, se visten de verde y danzan... hacia donde el viento los empuja... ¡Qué lindo debe ser eso! — exclamó dejando caer el ovillo para batir palmas —. ¡Y cómo deseo que sea verdad! Estoy más que segura de que los árboles duermen en otoño, cuando las hojas se vuelven amarillas.

Dime Kitty, ¿sabes tú jugar al ajedrez? ¡No te rías; no, te lo pregunto en serio! Cuando hace poco yo jugaba con mi hermanita, tú mirabas mucho, como si entendieras, y, hasta ronroneaste cuando dije «jaque». Fué un jaque interesante, Kitty, y debiera haber ganado a no ser por aquel detestable caballo que vino haciendo cabriolas por entre mis piezas.

Kitty querida — prosiguió —, imaginémonos...

Quiero hacerles saber que la mitad de las cosas que decía Alicia, empezábalas con su frase favorita «imaginémonos». Precisamente, el día antes había tenido una controversia con su hermanita porque Alicia dijo: «Imaginémonos que somos reyes y reinas...», y su hermana, que era muy exacta, habíale argüido que eso no era posible, porque sólo había dos, y Alicia, al final, vióse obligada a contestar: «Bueno, tú puedes ser una y yo las demás». Otro día le dió un tremendo susto a su niñera diciéndole al oído: «Imaginémonos que yo fuera una hiena hambrienta y tú un hueso»... Pero esto nos aleja de la conversación de Alicia con su gatita.

—Imaginémonos, Kitty — continuó —, que tú eres la reina roja. Si te sientas y cruzas los brazos te le parecerás exactamente. ¡Vamos a probar, querida!

La niña tomó la reina roja de encima del tablero y la levantó para que Kitty la imitara, pero el pobre animalito no tuvo éxito, sobre todo — pensó Alicia —, porque no quiso cruzar los brazos en debida forma. Decidió